

Un instante en la poesía de Julián Marchena

Victor Julio Peralta.

Las resonancias del movimiento modernista en nuestro país, con las ínsitas particularidades de su musicalidad estrófica y plasticidad metafórica, le abrieron sin duda nuevos cauces a las vertientes, aún vacilantes, de nuestra lírica a comienzos del presente siglo.

Desde de tales intenciones, quizá mejor, signos, la poesía de Julián Marchena encarna la más alta cifra del modernismo costarricense, esencialmente en su versión interiorista. En su único libro, *Alas en fuga*, recoge todas las contingencias de esa aventura de prodigiosa intimidad poética; visión del paisaje y su gente; o sea la plasmación de esa armonía suprema entre el árbol y el cielo; el pájaro, la ola y la mujer. Esas cosas eternas sostenidas por un mundo de significados y asombros, aprisionados con inusitada transparencia. Poética relación del hombre con sus entrañables circunstancias, donde la anécdota se despoja de representaciones sospechosas para convertirse en el regreso a la inocencia, en la alucinante carnadura del más puro hallazgo.

La palabra en esta poesía, tiene un raro poder de vinculación con el mundo en

su cardinal momento de opalescencia plástica, dentro de la morosidad que caracteriza la revelación de las vivencias del poeta. De ahí la gran voluntad de su escritura para sobreponerse a sus niveles denotativos de significación, y cargarse de connotaciones afectivas, simbólicas a veces, que concretan las sustancias vivas del pueblo. El campo, por ejemplo, con sus encantamientos inmediatos y sus posteriores reminiscencias, cristalizados en signos convencionales, pero iluminados desde el transfondo de sus significados interiores. Concordancia de unas ansias y de unas realidades incorporadas en una sola geografía de claridades azules o desleídas en el tránsito dudoso de las horas. Pero siempre una lejanía, un camino, un hombre: perspectivas de una sola verdad, pero que se funden y truecan en la unívoca palabra donde fantasía y cotidianidad se intensifican en el horizonte de una temporalidad indefinida. Acaso como única posibilidad de recuperación de los mitos y sucesos desvanecidos para siempre en las memorias cronológicas. Y después, la tierra y el aire como presencias de muerte y resurrección, de palabra y silencio: ademanes

crystalinos de un reloj insobornable dentro de los ámbitos del tiempo. Tal vez el vuelo, en ocasiones, como pasión de una existencia que mantiene la unidad de las imágenes y los sueños. Liberación, en última instancia, de los seres que poblaban su universo y le sujetaron la esperanza en cierto tiempo de fulgor. Y esa suma de símbolos se incorpora al espacio del poema con minuciosidad y justeza evocativa; pero además, con fidelidad nativa en las expresiones. Los vocablos, en esa unidad poética no acuden entonces solitarios a la convocatoria del verso en calidad de nudas apoyaturas de un período preciosista, de exaltación o de memoria, sino que cada uno de ellos asume la responsabilidad telúrica de los instantes recónditos en la fugacidad del tiempo. De ahí el poder evocativo y comunicativo de los recuerdos, de las seducciones y aún de las valoraciones de las cosas que de alguna manera, respecto al sueño o a la ausencia interfirieron en el devenir de las existencias. Visión dramática, es necesario insistirlo, de los momentos simples o esenciales, coagulados del flujo intrahistórico en certidumbres verbales poetizadas.

Poesía, pues, de los adentros estremecidos de las cosas, descendidas como zumo de los hondos lagares de la existencia: quizá intimidad y temblor reminiscentes, a manera de paisajes transmutados en carne de palabra castigada.

Total, el mundo asediado de los recuerdos y de las querencias: sustantividades tatuadas en nuestro itinerario que nunca se nos entregan como tales, sino como esencias abreviadas. Mejor aún, intrínsecas y perpetuas.